



SENDAS

Nº44
8,50€



DE CAZA

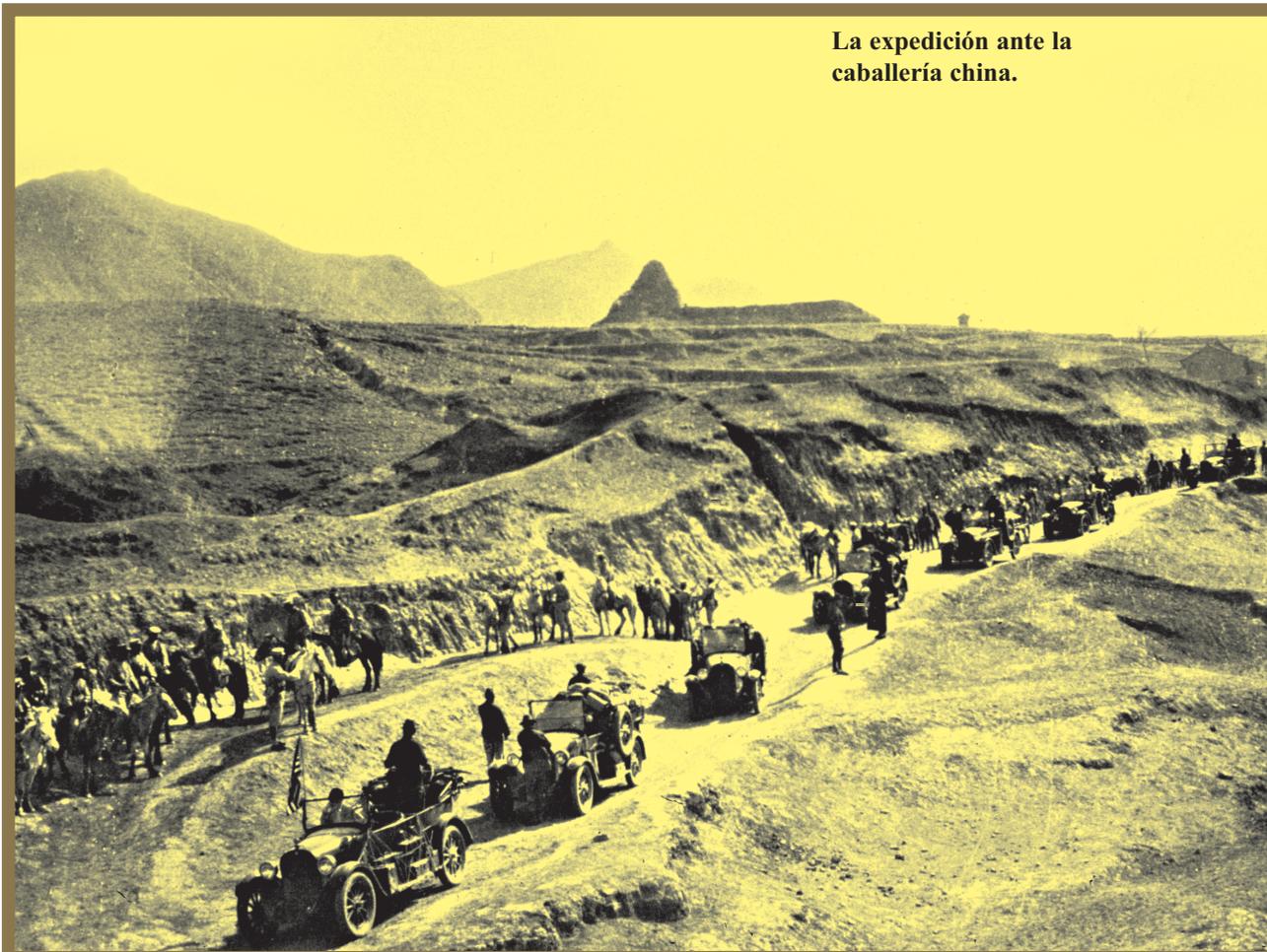
Y CONSERVACIONISMO



Valmayor
Ediciones S.L.



Under the Lucky Star



La expedición ante la caballería china.

La apasionante vida de Roy Chapman Andrews

Roque Armada

Cuando alguien se plantea un viaje de caza a un recóndito lugar del mundo pueden ser varios los motivos que le impulsan a ello. La mayoría siendo cazadores se sienten atraídos por su exótica fauna búfalos, leones, alces, ibex y argalis, son los principales objetivos que les llevan a pasar las peripecias y aventuras necesarias para volver exitosos de estas cacerías. Pero a veces, no muchas, puede haber otros motivos que te llevan a estos largos y complicados viajes; un recuerdo de una película

de niñez, una vieja amistad, una lectura añorada de juventud, o simplemente el ansia de conocer nuevas fronteras. Cuando en el año 2007 mi buen amigo Antonio Marcelo me comentó que desde Armada Expediciones empezara a estudiar y preparar un viaje de caza al desierto de Gobi en Mongolia, los dos sabíamos bien que había algo más que simples ganas de cazar en ese atractivo, lejano y exótico destino. Ambos habíamos leído, más bien devorado, los libros que a mediados del siglo pasado se escribieron sobre



la vida y andanzas de un valiente e intrépido explorador americano de nombre Roy Chapman Andrews, cuya vida parece más de ciencia ficción que de realidad. Su perseverancia le permitió no sólo descubrir los mayores yacimientos de fósiles de dinosaurios del mundo en el corazón del desierto de Gobi, sino que llegó a ser Presidente del Club de los Exploradores y Director del Museo de Historia Natural de Nueva York, entidad a la que dedicó su vida y consiguió que alcanzara unos niveles de fama y popularidad mundial sin precedentes.

Sus increíbles viajes y aventuras por el Gobi de Mongolia en torno a la década de 1920 motivaron en buena parte nuestro viaje de caza al desierto de Gobi que emprendimos con ansias venatorias y de descubrimiento de lo ignoto, de lo que se esconde detrás del horizonte.

“Yo nací para ser explorador. Jamás hubo nada que decidir, no habría sido feliz dedicándome a otra cosa... Para mí, el deseo de ver nuevos lugares, de descubrir nuevos acontecimientos, en definitiva la curiosidad de la vida, siempre ha sido una irresistible fuerza impulsora.” Con estas líneas empezaba Andrews el libro autobiográfico que narra su apasionante vida “*Under the lucky star.*” Algo así como “Bajo la estrella de la fortuna”. Fue una frase que repitió muchas veces por escrito y en sus conferencias. El rumbo de su vida posteriormente confirmó ampliamente su validez.

Andrews nació el 26 de enero de 1884 en Beloit, Wisconsin hijo de un farmacéutico de posición acomodada y vivió su juventud en una familia media en la tranquilidad de la Nueva Inglaterra de esa época. Andrews era una persona sociable y amante de las diversiones, con sentido del humor, simpática y con gran don de gentes, tenaz y muy nerviosa. Aún no siendo un gran estudiante, se licenció en la universidad de Beloit en Historia Natural. Además fue un apasionado cazador desde su niñez y siempre fue muy aficionado a la taxidermia. Tuvo su primera escopeta de un cañón a los nueve años de edad que pronto cambió por una paralela. Pero lo que más marcó su juventud fue su increíble perseverancia y decisión para ser explorador y conseguir trabajar algún día en el Museo de Historia Natural de Nueva York. Su oportunidad se presentó en 1906 cuando Otis Hovey, entonces conservador del museo dió una conferencia en su ciudad natal de Beloit. Al final de la conferencia Andrews le esperó y le habló de su interés por la historia, la exploración y la taxidermia. Hovey le prometió hablar con el entonces director del museo, Hermon Bumpus de su increíble interés.

Su gran día le llegó. Se presentó el sábado 7 de julio de 1907 cuando le recibió el director del museo en su despacho en la calle 79 de Nueva York, en la parte occidental de Central Park. Bumpus escuchó con indulgencia al impetuoso joven,

**Padre e hijo quedan
inmortalizados ante
la cámara de
Andrews.**



**Un penitente y
su oración
cogelada en
el éter.**

pero le dijo que en ese momento no tenían ninguna vacante de científico. Casi sin pensarlo Andrews le contestó que no esperaba ocupar una vacante, lo único que quería era trabajar en el museo, desempeñando cualquier función, aunque no hiciera otra cosa que barrer los suelos. Bumpus le dijo que un hombre con una licenciatura en historia natural jamás sería feliz barriendo suelos. Andrews contraatacó diciendo que él no barrería cualquier suelo, sino el suelo del museo que insistió, era diferente. Ante tal estallido de pasión juvenil el director accedió a contratar a Andrews como ayudante de los departamentos de taxidermia con un sueldo de 40 dólares al mes.

Sus primeros trabajos para el museo lo enviaron a Long Island concretamente al, hoy de moda puerto de Amaganset, entonces una simple y humilde base ballenera para el estudio, disección y recolección de estos cetáceos. Una vez que se familiarizó con la especie le encargaron la construcción a tamaño natural de una ballena azul para el museo. Andrews impertérrito ante la magnitud del trabajo, pues el animal medía 22 metros de largo, diseñó junto con su jefe el famoso taxidermista, James L. Clark, un nuevo método basado en una estructura de metal, madera, malla metálica y papel mache para la confección del cetáceo. El resultado tuvo tanto éxito que la gigantesca ballena azul, de apariencia real en todos sus detalles, estuvo colgada en la tercera planta durante sesenta años y se convirtió en una de las piezas más populares y conocidas mundialmente del museo. Más tarde fue enviado ya como experto

en cetáceos a las bases balleneras de la costa de Columbia Británica y Alaska para estudiar y recolectar ballenas para la institución y llegó a cobrar tres ballenas arponeándolas él personalmente. En sus regresos y descansos del trabajo de campo asistió a la Universidad de Columbia donde obtuvo un doctorado en zoología.

Después fue enviado al Pacífico Sur, Japón y Corea recolectando todo tipo de especímenes para el museo y donde cobró un tigre devorador de hombres al que se le adjudicaban más de cien personas devoradas que se conocía como “el Musan” y que hizo famoso en sus relatos llamándolo “el gran invisible”. Andrews nada más llegar a Oriente manifestó que sentía que pertenecía en cuerpo y alma a ese lugar.

En el año 1916 y ya casado con Yvette Torpe, una encantadora muchacha de la alta sociedad neoyorquina y excelente fotógrafa, tuvo la oportunidad que le dió fama mundial. Fue enviado por el museo como jefe de campo y zoólogo encargado de organizar las que se llamaron las Expediciones Centroasiática Americanas del Museo de Historia Natural, en busca principalmente de restos antropológicos humanos. En aquella época la ciencia estaba como loca buscando el famoso eslabón perdido de la evolución humana. En aquellos momentos se pensaba que el centro de la dispersión de los primates y sus vástagos humanos se encontraba en el centro de Asia y no en África como luego se demostró. Además se recolectarían todo tipo de especímenes para el museo y se buscaría cualquier fósil que fuera de



SI QUIERES SEGUIR
LEYENDO ESTE
ARTÍCULO Y MUCHOS
MÁS, CONTÁCTANOS
POR WHATSAPP



(+34) 616 98 75 83

